

JOSEPH A. SCHUMPETER

HISTORIA DEL ANÁLISIS ECONÓMICO

Editada de la versión manuscrita por

ELIZABETH BOODY SCHUMPETER



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

en forma particularizada, un examen sistemático de su obra. Para nuestros fines, ciertamente, las referencias esparcidas a lo largo de todo el libro son más importantes que todo cuanto ha de decirse en esta sección. No obstante, parece conveniente detenerse un momento para considerar la figura del más famoso de todos los economistas, para formarnos una idea de su condición humana y para analizar la obra que ha alcanzado mayor éxito, no sólo entre los libros de economía sino también, si se exceptúa tal vez el *Origen de las especies* de Darwin, entre todos los libros científicos aparecidos hasta hoy. Además, una breve "guía del lector" puede también ser útil.

Respecto al hombre y a su vida, segura y tranquila (1728-90),⁴² bastará con citar unos cuantos hechos generales. Hay que decir, en primer lugar, que era un escocés hasta la médula, puro y sin mezcla; en segundo lugar, que provenía de una familia de funcionarios públicos: para comprender su modo de ver la vida social y la actividad económica (tan diferente del que tantas veces se le ha atribuido) es importante tener en cuenta la distinción, el gusto por las labores intelectuales, la actitud crítica hacia las actividades lucrativas y los medios modestos pero adecuados del ambiente en el que se produjo; en tercer lugar, que fue un profesor nato, no sólo mientras enseñó en Edimburgo (1748-51) y en Glasgow (1751-63), sino también durante toda su vida, por *character indelibilis*; en cuarto lugar —hecho que no puedo menos de considerar influyente, no sobre su economía pura, por supuesto, sino sobre su capacidad para comprender la naturaleza humana—, que ninguna mujer, excepto su madre, desempeñó en su existencia papel alguno: en este aspecto, como en otros muchos, los atractivos y las pasiones de la vida fueron para él simple literatura. Durante los años 1764-6, viajó por Francia como "tutor" del joven duque de Buccleuch, a quien nuestra ciencia debe agradecimiento por las posibilidades de ocio y por la independencia económica que proporcionó a A. Smith, independencia y ocio que le permitieron escribir *La riqueza de las naciones*. En 1778 fue designado para un nuevo cargo —casi una sinecura— que le aseguró una mayor comodidad para el resto de su vida. Fue concienzudo, trabajador en sumo grado, metódico, equilibrado, respetable. Reconoció sus deudas intelectuales allí donde el sentido del honor lo exigía, pero no de manera generosa. Nunca fue tan sincero como Darwin para explicar los antecedentes que sobre él habían influido. En sus críticas fue intolerante y falto de generosidad. Tenía el coraje y la energía que el estudio necesita, complementadas con una buena dosis de circunspección.

Los tiempos de la cultura enciclopédica aún no habían terminado: todavía era posible vagar por todos los campos de las ciencias y las artes, trabajar incluso en disciplinas muy alejadas entre sí, sin que ello condujese a resultados desastrosos. A. Smith, en no menor medida que Beccaria o que Turgot, dominaba un campo intelectual muy extenso, en el cual la economía era sólo una parte. Hemos tenido ya ocasión de mencionar su *Teoría de los sentimientos morales* (1759), a la cual añadió como apéndice (3ª ed., 1767) *A Dissertation on the Origin of Languages*; esta obra, madurada sobre sus lecciones de Edimburgo durante la primera mitad del periodo de su enseñanza en Glasgow, constituyó su primer éxito importante, y debe ser citada nuevamente aquí para precaver al lector contra aquella crítica necia según la cual A. Smith atribuía

una importancia demasiado escasa a los imperativos éticos. Su *filosofía* sobre la riqueza y sobre la actividad económica está contenida en ella, y no en *La riqueza de las naciones*. A ella y a sus estudios sobre el derecho natural, la "teología natural" y la literatura, deben añadirse también seis ensayos,⁴³ algunos de los cuales son fragmentos cristalizados de su grandioso plan para elaborar una "historia de las ciencias liberales y de las bellas artes", plan que después abandonó "por ser excesivamente amplio". El más estimable de la colección es el primer ensayo: *Principles which lead and direct Philosophical Enquiries; illustrated by the History of Astronomy*. Me atrevo a decir que nadie que desconozca estos ensayos puede formarse una idea adecuada de la talla intelectual de A. Smith. Me atrevo a decir también que, si no fuera innegable como hecho, nadie concedería al autor de *La riqueza de las naciones* la capacidad suficiente para escribir tal obra.

Sabemos ya que las líneas esenciales de su análisis proceden del pensamiento de los escolásticos y de los filósofos iusnaturalistas, pensamiento que Smith conocía a través de las obras de Grocio y Pufendorf, y a través también de las enseñanzas de su maestro Hutcheson.⁴⁴ Es cierto que los escolásticos y los filósofos del iusnaturalismo nunca llegaron a desarrollar un esquema orgánico y completo de la distribución, y menos aún a proponer el engañoso concepto de un producto social o "dividendo nacional" distribuido entre los agentes que toman parte en su producción, concepto que había de desempeñar un papel tan importante en la teoría económica durante el siglo XIX. Sin embargo, puede atribuírsele el mérito de haber desarrollado todos los elementos necesarios para construir tal esquema, y a Smith el de haber sido capaz de coordinarlos sin ayuda ulterior de nadie. Según Cannan, las *Lectures* de Glasgow —que no muestran ningún progreso importante con respecto a Hutcheson— no contienen "ninguna huella... del esquema de la distribución expuesto en *La riqueza de las naciones*". Sin embargo, esto no significa necesariamente que Smith tuviese una deuda abrumadora (y, por lo general, no reconocida) con los fisiócratas, a quienes personalmente conoció (1764-6) y cuyas obras probablemente había leído antes de recluírse en Kirkcaldy para consagrarse a su trabajo. El borrador de *La riqueza de las naciones*, manuscrito descubierto por el profesor Scott, ha venido a demostrar que semejante juicio sería excesivo, pues tal borrador prefigura ya claramente el esquema contenido en *La riqueza de las naciones*. No hay que olvidar, por otra parte, que el patrimonio intelectual del que A. Smith podía servirse no estaba constituido solamente por la herencia de los filósofos iusnaturalistas y por las grandes obras de sus contemporáneos franceses: existía además la corriente representada por los consejeros políticos y por los ensayistas, corriente que también confluye en *La riqueza de las naciones*. Smith conocía a Petty y a Locke. Probablemente, en una primera fase de su trabajo, había conocido a Cantillon, al menos indirectamente a través del *Dictionary of Postlethwayt*; los escritos de su amigo Hume y de Massie seguramente fueron familiares para él; por último, entre la larga lista de autores a quienes pretendía despreciar a causa de sus "errores mercantilistas", hay algunos que deben haberle enseñado muchas cosas, por ejemplo, Child, Davenant y Pollexfen; también podrían citarse, en el mismo sentido, algunos "antimercantilistas", como Barbon y North.⁴⁵ Sin embargo, al mar-

gen de lo que efectivamente aprendiera o dejara de aprender de sus predecesores, lo cierto es que *La riqueza de las naciones* no contiene, en el aspecto analítico, ni un solo concepto, ni un solo principio, ni un solo método que fuese completamente nuevo en 1776.

Naturalmente, todos aquellos que han ensalzado la obra de Smith como grandiosa y original tenían principalmente en cuenta, al hacerlo, el tipo de política que propugnaba: libertad de comercio, *laissez-faire*, política colonial, etcétera. Sin embargo, como ya debería ser suficientemente claro y como lo será aún más en lo sucesivo, ni siquiera desde este punto de vista sería posible llegar a una conclusión diferente, aun cuando tal conclusión estuviere de acuerdo con nuestro tratamiento del tema. Según Dugald Stewart, el propio Smith (en un informe redactado en 1755) reivindicó su prioridad respecto del principio de la "libertad natural", afirmando haberlo expresado ya en 1749. Smith entendía por tal principio dos cosas distintas, aunque nunca llegó a diferenciarlas con suficiente claridad: por una parte, consideraba la "libertad natural" como una norma de la política económica (la eliminación de todas las restricciones excepto las impuestas por razones de "justicia"); por otra parte, como una proposición analítica, según la cual la libre interacción de los individuos no conduce al caos sino a un orden lógicamente determinado. Sin embargo, tanto en un sentido como en otro, había sido ya formulada anteriormente con bastante claridad, y así se encuentra, por ejemplo, en Grocio y en Pufendorf. Precisamente por esta razón, carecen de sentido las acusaciones de plagio que se han hecho contra Smith o las que se han hecho, tomando partido a favor de éste, contra otros autores. Por supuesto, esto no excluye que Smith, al enunciar tal principio con mayor fuerza y plenitud que cualquier otro antes que él, experimentase subjetivamente toda la emoción propia del descubridor, o incluso que, antes de 1749, hubiese realmente hecho por su propia cuenta el "descubrimiento".

Aunque *La riqueza de las naciones* no contiene ningún concepto verdaderamente nuevo y aunque, como producto intelectual, no puede competir con los *Principia* de Newton ni con el *Origen de las especies* de Darwin, no obstante puede considerarse como una gran obra, plenamente merecedora del éxito que ha alcanzado. Las causas de tal éxito y la naturaleza misma de la obra no son difíciles de comprender. Había llegado el tiempo propio para una síntesis de este tipo, y A. Smith supo realizarla magníficamente. Por sus condiciones naturales era él precisamente el hombre apropiado: sólo un metódico profesor podía ser capaz de llevar a cabo semejante tarea. En ella puso lo mejor de sus energías; *La riqueza de las naciones* es el producto de un esfuerzo al que se consagró entusiastamente durante más de un cuarto de siglo, y que durante casi diez años absorbió su actividad de manera exclusiva. Su gran talla intelectual le permitió dominar el vastísimo y complejo material que fluyó de las más diversas fuentes y someterlo, con mano segura, a los límites de un reducido número de principios coherentes. Construyó su edificio sólidamente, sin regatear esfuerzos, como un gran arquitecto. Sus mismas limitaciones contribuyeron al éxito. Si hubiera sido más brillante, no se le habría otorgado tanta consideración. Si hubiera ahondado más profundamente, si hubiera descubierto verdades más recónditas, si hubiera empleado métodos difíciles y refinados, no

habría sido comprendido. Pero Smith no tenía semejantes ambiciones; en realidad le disgustaba todo cuanto excediese del puro sentido común, y nunca expresaba sus ideas en un nivel superior al de la inteligencia de sus lectores, incluso de sus lectores más torpes. Les iba abriendo suavemente el camino, estimulándoles con conceptos triviales y con observaciones familiares y obvias, de manera que siempre se sintiesen perfectamente cómodos. Así, el estudioso profesional de la época podía encontrar en *La riqueza de las naciones* material suficiente para otorgar a Smith su respeto intelectual, mientras que el "lector culto" podía asegurarse que las cosas, ciertamente, eran tal como Smith las trataba, y que el mismo siempre lo había pensado así. La obra, con su gran masa de datos históricos y estadísticos, ponía a prueba la paciencia del lector, pero nada exigía de su capacidad de reflexión. Causaba impresión no sólo por lo que daba, sino también por lo que dejaba de dar. Finalmente —cosa que no es la menos importante aunque la citemos en último lugar—, tanto la argumentación como el material empleado estaban inspirados por una actitud apoloética, que es en definitiva lo que atrae a un público más amplio: el profesor, por todas partes donde iba, transformaba su cátedra en un tribunal e impartía desde ella elogios y reprobaciones. Afortunadamente para él, su postura estaba de acuerdo con las tendencias de la época. Defendía aquellas concepciones que precisamente estaban empezando a imponerse y sus análisis eran un instrumento al servicio de las mismas. No es necesario insistir en la significación que todo esto tuvo tanto para la obra en sí como para su éxito: ¿qué hubiera sido de *La riqueza de las naciones* sin su defensa del libre comercio y del *laissez-faire*? Además, como partes importantes del cuadro que ofrecía, aparecían los terratenientes "insensibles" e "indolentes", que cosechaban donde nunca sembraron; los patronos, que conspiraban cada vez que se reunían; los comerciantes, que disfrutaban de una vida ociosa y cargaban el trabajo sobre sus empleados y contadores; y los trabajadores pobres, que mantenían con su esfuerzo el lujo del resto de la sociedad. Se ha sostenido que A. Smith, adelantándose considerablemente a su tiempo, desafió el riesgo de impopularidad al expresar sus simpatías sociales. Pero esto no es cierto. Ni por un momento pongo en duda su sinceridad, pero las opiniones que sostuvo no eran de ninguna manera impopulares, sino que estaban de moda. En la tendencia igualitaria de su sociología económica también existe, evidentemente, una cierta veta "rouseauiana" prudentemente diluida. Los seres humanos, para él, eran muy semejantes, y todos ellos reaccionaban sencillamente y en la misma forma ante los estímulos más elementales; las diferencias observables debían atribuirse a las desigualdades de educación y de ambiente. La influencia que A. Smith ejerció sobre la economía del siglo XIX hace sumamente importante este último aspecto de su pensamiento. Su obra fue el conducto a través del cual se transmitieron a los economistas las ideas del siglo XVIII concernientes a la naturaleza humana.

Vamos a ocuparnos ahora de la "guía del lector". *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, cuya primera edición, en dos volúmenes, Londres 1766, presenta a su autor como "Adam Smith, LL. D. and F. R. S., formerly Professor of Moral Philosophy in the University of Glasgow", define la ciencia económica en forma bastante correcta por medio de su título

y apenas menos correctamente, aunque de manera menos concisa, en el último párrafo de la Introducción. Sin embargo, en la introducción que precede al Libro cuarto podemos leer que la economía política "se propone enriquecer tanto al pueblo como al soberano"; tal definición hace de la economía un conjunto de recetas para el "estadista", y es ella precisamente la que expresa los objetivos fundamentales que Smith deseaba alcanzar y lo que ha interesado a sus lectores por encima de todas las cosas. Teniendo esto en cuenta, debemos poner especial cuidado en advertir que el punto de vista analítico no está ausente de la obra, y que para nosotros, al margen de lo que el mismo A. Smith pueda haber pensado, resulta posible separar el análisis de las recomendaciones sin violentar el texto en absoluto.

La obra consta de cinco libros. El más largo de ellos, el Libro quinto —que ocupa el 28.6 por ciento del espacio total— es un tratado casi completo de hacienda pública, que habla de transformarse en el fundamento de todos los tratados publicados sobre esta materia durante el siglo XIX, carácter que habría de conservar hasta que se impusiese, principalmente en Alemania, el punto de vista "social": la tributación entendida como instrumento de reforma. Su gran dimensión se debe a la cantidad de materiales que contiene: su tratamiento de los gastos públicos, de los ingresos públicos y de las deudas públicas es *principalmente histórico*. La teoría que incluye es insuficiente y bastante superficial, pero está perfectamente de acuerdo con la exposición de los desarrollos generales y de los hechos particulares. Después de Smith, ha aumentado el conocimiento de los hechos y se han perfeccionado los instrumentos teóricos, pero hasta hoy nadie ha conseguido fundir ambas cosas —añadiéndolas además una pequeña dosis de sociología política— en la medida en que éste lo hizo. El Libro cuarto, casi tan largo como el quinto,⁴⁵ contiene la famosa denuncia contra el "sistema comercial o mercantil", de cuyas cenizas surge, como el fénix, el propio sistema político de Smith; la crítica benevolente y paternalista de la doctrina fisiocrática, expuesta en el noveno y último capítulo, no precisa ningún comentario. También en este Libro el lector se encuentra con una gran masa de hechos laboriosamente ordenados y con una teoría muy escasa y muy simple (sin progreso alguno respecto a sus predecesores, ni siquiera respecto a sus "predecesores" lejanos), que, sin embargo, está usada en la forma más conveniente para iluminar el mosaico de detalles expuestos y para hacer resaltar la significación de los hechos. Los hechos fluyen aquí rápidamente y se amontonan unos sobre otros: en el texto se intercalan a manera de digresión, dos monografías ("Digresión sobre los Bancos de depósito"; "Digresión sobre el comercio de cereales"). El capítulo "De las colonias", tan justamente famoso y que sería comparado con las últimas páginas de la obra, no cuadra con el contexto en que se inserta, pero esto es lo que menos importa: se trata de una obra maestra, no solamente por las medidas que propone sino también por los análisis que contiene. El Libro tercero, que ocupa menos del 4.5 por ciento del espacio total, puede considerarse como un preámbulo del Libro cuarto: Smith se extiende aquí en consideraciones generales, de carácter preferentemente histórico, sobre el "progreso natural de la opulencia", el origen de las ciudades y el comercio de las mismas, y se ocupa de las medidas en que se han concretado los diversos intereses que históricamente han

interferido el proceso, impulsándole o retardándole. Este Libro tercero no ha atraído la atención que, en mi opinión, merecía. Sus juiciosas observaciones, un tanto áridas y carentes de inspiración, podían haber servido como excelente punto de partida para una sociología histórica de la vida económica, que nunca ha sido escrita. Los Libros primero y segundo —que ocupan respectivamente el 25 y el 14 por ciento del conjunto de la obra—, sobrecargados también de hechos ilustrativos, presentan las líneas fundamentales del esquema analítico de A. Smith. A este respecto, su lectura puede en verdad hacerse independientemente del resto. Pero el lector que, más interesado por la teoría que por la "aplicación", renuncie a seguir adelante perderá muchos detalles indispensables para una plena comprensión de la teoría misma.

Los tres primeros capítulos del Libro primero se ocupan de la división del trabajo.⁴⁷ Se trata de la parte más antigua de la obra, la parte ya concluida en el borrador. Además, es con mucho la que ha recibido mayor pulimento, probablemente porque Smith habla aplicado su atención muchas veces a este tema en sus lecciones de cátedra. Aunque nada contiene que sea original, como ya hemos dicho, debemos mencionar una característica que no ha recibido toda la atención que merece: nadie, ni antes ni después de A. Smith, ha pensado nunca en atribuir una importancia semejante a la división del trabajo. Para él, este elemento constituye prácticamente el único factor del progreso económico. Explica, *por sí solo*, "la mayor riqueza y abundancia de que generalmente dispone incluso el más humilde y despreciado miembro de la sociedad civil, en comparación a cuanto puede conseguir el salvaje más activo y respetado", a pesar de que exista tanta "opresiva desigualdad" (Borrador, véase Scott, *op. cit.*, página 328). El progreso tecnológico, "la invención de todas aquellas máquinas" —e incluso las inversiones— se producen a impulso de la división del trabajo y son, en la práctica, consecuencias de la misma. Consideraremos esta característica del esquema analítico de Smith al final de esta "guía del lector".

Smith atribuye la división del trabajo a una propensión al trueque innata en la naturaleza humana, y su desarrollo a la expansión gradual de los mercados: en cada momento la extensión del mercado determina el punto hasta donde aquélla puede llegar (cap. 3). De este modo, la división del trabajo surge y se desarrolla como una fuerza enteramente impersonal, y como ésta constituye el gran motor del progreso, el progreso mismo aparece también despersonalizado.

En el capítulo 4 termina de exponer la sucesión tradicional —división del trabajo, trueque, moneda— y, cayendo muy por debajo del nivel alcanzado por muchos autores anteriores, particularmente por Galiani, separa por completo el "valor de cambio" del "valor de uso". En el capítulo 5 (que se inicia con la definición de *richesse* dada por Cantillon), se propone encontrar una medida del valor de cambio que sea más fidedigna que el precio expresado en términos monetarios. Igualando el valor de cambio al precio y observando que el "precio en dinero" fluctúa a consecuencia de las variaciones puramente monetarias, Smith, con el fin de hacer posibles las comparaciones interlocales e intertemporales, sustituye este "precio nominal" o monetario de cada mercancía por un precio real —en el mismo sentido en que nosotros hablamos, por ejemplo, de la diferencia entre salarios reales y salarios nominales—, es decir, por su pre-

cio expresado mediante la relación de cambio con los restantes bienes. Y estos precios reales los sustituye a su vez, ignorando el método de los números índices ya conocido en su época, por los precios expresados en trabajo (después de haber considerado la posibilidad de que el trigo sirviese para desempeñar esta función); en otras palabras —y para usar la expresión puesta en boga por L. Walras— escoge como *numéraire* la mercancía trabajo, en lugar de la mercancía plata o la mercancía oro. Este concepto puede ser útil o no serlo, pero contra él no puede levantarse ninguna objeción lógica. Sin embargo, Smith complica tanto las cosas y mezcla en la exposición sentidos tan distintos procedentes de las filosofías que se ocupan de la naturaleza del valor y del precio real (véase, por ejemplo, en el párrafo 2 del cap. 5, la conocida teoría sobre las "penas y fatigas" como medida del precio real de cualquier cosa, o aquella otra, párrafo 7, sobre el trabajo como único elemento que "nunca cambia de valor"), que su propio concepto, fundamentalmente tan simple, fue mal entendido incluso por Ricardo. De acuerdo con esto, se ha atribuido a Smith el mérito de una teoría —o mejor de tres teorías incompatibles—⁴⁹ del valor-trabajo, cuando en realidad, como claramente se deduce del capítulo 6, lo que se proponía era *expliquer* los precios de los bienes por medio de su costo de producción, costo que en este capítulo divide entre los salarios, los beneficios del capital y la renta, que son las "fuentes originarias de toda clase de ingreso y de todo valor cambiante (*exchangeable value*)".* Como explicación del valor, ésta es sin duda muy insatisfactoria, pero sirve admirablemente como vía para llegar tanto a la teoría del precio de equilibrio como a la teoría de la distribución.

El capítulo 7 contiene una rudimentaria teoría del equilibrio, que es con mucho el mejor fragmento teórico elaborado por Smith, y que en realidad es un antecedente de la teoría de Say y, a través de este último, de la de Walras. Los desarrollos puramente teóricos del siglo XIX son, en buena medida, simples perfeccionamientos de esta teoría. El precio de mercado, definido mediante la relación entre la oferta y la demanda a corto plazo, es tratado como si fluctuase alrededor de un "precio natural" —el precio "necesario" de J. S. Mill, el precio "normal" de A. Marshall—, que es ni más ni menos aquel que resulta suficiente para cubrir "el valor íntegro de la renta, los salarios y el beneficio que es preciso pagar para situar" en el mercado una cantidad de la correspondiente mercancía "capaz de satisfacer la demanda efectiva", es decir, la demanda real de todos cuantos se hallan dispuestos a pagar aquel precio. No existe ninguna teoría del precio de monopolio, salvo una frase privada de sentido (e incluso falsa), según la cual tal precio "es, en todo momento, el más alto que se puede obtener"; por el contrario, sostiene que, a largo plazo, "el precio de libre competencia... es el más bajo que se puede conseguir", afirmación que constituye un teorema importante, aunque Smith no parece haber percibido en absoluto la dificultad que implica una demostración satisfactoria. Los capítulos 8 al 11 completan la argumentación particular del Libro primero, cuyos contornos generales, aunque ocultos por el exuberante follaje de los hechos ilustrativos, que degeneran frecuentemente en digresiones, no carecen de belleza. En ellos se ocupa de las "circunstancias que naturalmente determinan" la tasa de los salarios y la tasa del beneficio, y "regulan" la renta de la

tierra (p. 61).⁵⁰ Estos capítulos, resumiéndola y coordinándola, transmitieron la teoría de la distribución del siglo XVII a los economistas del XIX. La propia debilidad de Smith contribuía a conferirle su particular liderazgo: la misma imprecisión de sus teorías invitaba a desarrollar las múltiples y diferentes líneas contenidas en ellas, haciendo así tanto más fácil que la economía del siglo XIX tomase su obra como punto de partida.

El capítulo 8, "De los salarios del trabajo", contiene los rudimentos de una teoría del fondo de los salarios y de una teoría del nivel de subsistencia, teorías ambas que tal vez hayan sido extraídas de Turgot y de los fisiócratas, y que han sido explotadas al máximo por los sucesores ingleses de A. Smith. Pero contiene, además, otro concepto, cuya cabal importancia no fueron capaces de percibir dichos sucesores, y que está implícito en la expresiva frase según la cual una "abundante recompensa del trabajo" no sólo es el "efecto necesario" sino también "el sintonía natural de la riqueza nacional en aumento" [cursivas de J. A. S.] (p. 72); este punto de vista, aunque insuficientemente justificado, arroja una luz totalmente distinta de la que aportaría, en este mismo tema, la perspectiva de Ricardo. El capítulo 9, "De los beneficios del capital", contiene numerosos pasajes concernientes a los factores que determinan la tasa de beneficio (por ejemplo, en la p. 83), especialmente en relación con los salarios, pero en ninguno de ellos se plantea el problema de su fundamento. En la medida en que pueda atribuirse a Smith haber mantenido una teoría del "beneficio", es necesario reconstruir ésta articulando las diversas indicaciones, en su mayor parte vagas e incluso contradictorias, esparcidas a lo largo de los dos primeros libros. En este sentido, puede atribuírsele, en primer lugar, haber sancionado definitivamente, contribuyendo a su triunfo, la tendencia doctrinal que habla de prevalecer, particularmente en Inglaterra, en la economía del siglo XIX, tendencia según la cual el beneficio, considerado como el ingreso fundamental de la clase capitalista, es (sustancialmente) el rendimiento obtenido por dicha clase al emplear en sus negocios bienes materiales (incluidos los medios de subsistencia del trabajador); y el interés sobre los préstamos una simple consecuencia del mismo. Exceptuando el caso de los simples prestamistas (los "adinerados"), no existe ninguna función característica de los empresarios —Smith utiliza el término "*undertaker*"— o industriales, quienes fundamentalmente son, dejando aparte la "inspección y dirección", capitalistas o patronos que "ponen a trabajar a gentes laboriosas" y se apropian de parte del producto de "su trabajo" (cap. 6). Son obvias las implicaciones marxistas de esta postura, implicaciones que el propio Smith se ocupó de subrayar con mayor insistencia de la que a su argumentación conviene. No puede afirmarse, sin embargo, que haya sostenido una teoría del beneficio fundada en la explotación, aunque es cierto que está sugerida en su obra. También subrayó el factor riesgo y se refirió a los empresarios que *anticipan* "el fondo entero de materiales y salarios" (p. 42), lo cual evidentemente apunta en una dirección completamente distinta. Por otra parte, nadie que haya tenido una opinión tan alta como la de Smith respecto a la importancia social del ahorro, puede lamentarse de que su propio nombre vaya asociado a las ideas características de una teoría de la abstinencia.

Al ocuparse de la diferencia "de los salarios y beneficios en los diferentes

empleos del trabajo y del capital" (cap. 10). Smith, deleitándose en hechos y en argumentos un tanto manidos, supo mejorar la exposición de Cantillon y consiguió elaborar un capítulo que sería clásico de los manuales del siglo XIX. El capítulo II, "De la renta de la tierra"—Smith, y con él prácticamente todos los economistas ingleses hasta la época de Marshall, limitó el concepto de renta a la tierra y a las minas—, tiene un volumen exagerado como consecuencia de incluir una digresión gigantesca (o mejor un conjunto de digresiones o monografías) que ocupa aproximadamente el 7.6 por ciento del espacio total de la obra. Si extractamos sus vastos materiales y las casi innumerables disquisiciones sobre puntos particulares que contiene, aparece un mosaico de conceptos cuyos elementos más importantes exponemos a continuación. En primer lugar, Smith, razonando desde el punto de vista de su teoría del valor-coste, llega a la conclusión—no del todo innatural, aunque equivocada—de que el fenómeno de la renta solamente puede ser debido a un "monopolio" de la tierra, dando así vida a una idea que en lo sucesivo había de contar siempre con nuevos defensores y que incluso no ha muerto todavía. Pero encontramos también (p. 141-2), en segundo lugar, la afirmación de que, mientras "los salarios o beneficios altos o bajos son causa de que los precios sean elevados o módicos, una renta alta o baja es, a su vez, consecuencia del precio", afirmación que se acomoda mal con la teoría del monopolio y que apunta en la dirección de Ricardo: la llamada teoría ricardiana de la renta *tal vez* haya surgido del intento de poner orden lógico en esta confusión smithiana. E incluso puede advertirse, en tercer lugar, una alusión que habría podido inducir a alguno de sus discípulos a eliminar tal confusión mediante el desarrollo de una teoría de la productividad (véase, por ejemplo, p. 142). Todo esto aparece mezclado con otros conceptos, buenos o malos, que entran y salen de la escena en forma semejante a la cuadrilla de Falstaff en el *Enrique IV* (por ejemplo, la vieja idea, tan inútil como persistente—volveremos a encontrarla en Malthus—, según la cual la producción de bienes alimenticios ocupa una posición particular, puesto que, como la población se multiplica conforme tal producción aumenta, siempre tiene la virtud de crear su propia demanda). Este capítulo contiene también gran parte de la teoría monetaria de Smith, incluso antes de llegar a las digresiones concernientes a las variaciones del valor de la plata y a las variaciones en la proporción entre los valores respectivos de la plata y el oro; sin embargo, para poder comprender plenamente esta teoría es necesario leer la obra completa (véase, especialmente, el cap. 2 del Libro segundo y la importante "Digresión sobre los Bancos de depósito", en el cap. 3 del Libro cuarto). Quedan por hacer otras dos observaciones. Al final de la digresión sobre la plata, Smith intenta mostrar las razones por las cuales, al menos en general, el precio—el precio real—de los productos agrícolas aumentará a consecuencia de los adelantos y el progreso (p. 209), y en una digresión adicional (pp. 238 y ss.) trata de mostrar que, por su parte, el precio real de las manufacturas disminuirá. Esta tesis prefigura, en cierto sentido, la teoría del siglo XIX según la cual se atribuyen rendimientos decrecientes a la agricultura y rendimientos crecientes a la industria, teoría hacia la cual puede decirse que dio cautelosamente los primeros pasos, y que *tal vez* haya sido extraído de sus páginas. Además, aun- que esto no se deduzca necesariamente de su confusa argumentación, Smith

llegó a la conclusión ricardiana de que todo adelanto beneficia directa e indirectamente al terrateniente (p. 223): de manera directa, porque aumenta el nivel de su participación relativa en los productos de la tierra, así como el valor real de tales productos; de manera indirecta, por el consiguiente descenso del precio real de las manufacturas. Los obreros (p. 239) se benefician también porque se elevan sus salarios y porque descienden los precios de una parte de las mercancías que compran. Por el contrario, la tercera clase, la clase de "los comerciantes y los fabricantes" (p. 240), resulta perjudicada en el proceso, puesto que, según Smith, la *tasa* del interés tiende a ser baja en los países ricos y alta en los países pobres; por consiguiente, el interés de esta tercera clase está en conflicto con los intereses de las otras dos clases y con el "interés general de la sociedad". Con esto, Smith se proponía evidentemente construir un esquema de los intereses económicos de clase, semejante al que intentarían construir tantos economistas posteriores, inspirados posiblemente por su ejemplo y por el deseo de corregir sus errores.

En el Libro segundo, Smith presenta su teoría del capital, del ahorro y de la inversión, la cual, aunque corregida y desarrollada en algunos aspectos, había de servir permanentemente como fundamento—hasta Böhm-Bawerk e incluso parcialmente hasta más adelante—a casi todos los trabajos posteriores. En verdad, da la impresión de un pabellón independiente que se hubiese añadido a la vieja estructura del edificio. A pesar del débil intento hecho en su introducción para conectarlo con el Libro primero mediante una nueva apelación nada convincente a la "división del trabajo", no hay ninguna razón para creer que alguna de sus partes esenciales haya sido escrita o concebida antes de la permanencia de Smith en Francia. La influencia específicamente fisiocrática es aquí mucho más claramente reconocible que en cualquiera de los pasajes del Libro primero, tanto si nos fijamos en numerosos detalles concretos como en la concepción de conjunto. Sin embargo, tal afirmación no debe ser malentendida. A. Smith no tenía la costumbre de aceptar pasivamente aquello que leía o escuchaba: leía y escuchaba en actitud vigilante y a todas las cosas aplicaba una crítica vigorosa; así llegaba a formar sus propias concepciones. Precisamente por esta razón, he hablado sólo de la influencia fisiocrática y no he dicho que estuviese también influido por Turgot. Ciertamente a Turgot corresponde la prioridad en algunos puntos esenciales, pero esto no significa que Smith derivase de él sus opiniones. Estas opiniones eran las que naturalmente debían presentarse ante la mente de Smith, situado en una actitud de crítica constructiva ante las doctrinas de Quesnay; en consecuencia, mientras no exista prueba convincente en contrario, parece más justo hablar de paralelismo con Turgot que de dependencia. El espacio no nos permite ofrecer más que un solo ejemplo. El sentido común del escocés se sintió ofendido ante la afirmación de Quesnay según la cual sólo era productivo el trabajo aplicado a la agricultura (y a la industria extractiva). De Turgot podía haber aprendido a encogerse de hombros ante semejante extravagancia y a seguir adelante después de algún irónico cumplido. Sin embargo, éste no era su modo de proceder. Smith no sólo tomaba las cosas en serio, sino también al pie de la letra. En consecuencia, quiso embarcarse en una fatigosa refutación. Pero en sus meditaciones sobre el tema tal vez se le ocurriese pensar que algún fundamento

había en la distinción entre trabajo productivo y trabajo improductivo.⁵¹ Así llegó a su propia interpretación, con la cual sustituyó la elaborada por Quesnay. En algún aspecto puede pensarse que, en este punto, la influencia recibida de Quesnay fue muy importante —así parece deducirse del hecho de que en el Libro primero, que sería el lugar natural donde tratar el tema, no haya ninguna alusión al mismo—, pero en otros aspectos debe reconocerse el carácter independiente de su concepción.

El capítulo I del Libro segundo distingue, entre todos los bienes que constituyen el acervo de un individuo —o de la sociedad— aquella parte específica que debe llamarse capital (tal capital no sólo está integrado por bienes materiales, sino también por "las aptitudes adquiridas y útiles de todos los habitantes o miembros de la sociedad"); introduce los conceptos de capital fijo y capital circulante, y clasifica los bienes que deben entrar a formar parte de cada una de estas dos categorías —en la enumeración de los bienes que forman el capital circulante figura el dinero, pero no los medios de subsistencia de los obreros productivos, aunque la argumentación de Smith exige que se incluyan y, en la práctica, así los considera. El extenso capítulo 2, uno de los más importantes de la obra, contiene el núcleo fundamental de su teoría monetaria. Es muy superior al capítulo 4 del Libro primero y debe considerarse indudablemente como resultado de los esfuerzos de Smith en una etapa muy avanzada de su trabajo. Sin embargo, no aparece en él ninguna influencia de los fisiócratas: todas las que pueden señalarse proceden de autores ingleses. El capítulo 3 (que introduce la distinción entre trabajo productivo y trabajo improductivo), al subrayar tan insistentemente que la propensión al ahorro es el elemento verdaderamente creador del capital físico ("la parsimonia y no la laboriosidad es la causa inmediata del aumento de capital", p. 306; "todo pródigo es un enemigo de la sociedad, y todo hombre sobrio un benefactor de la misma", página 308), consagra para más de ciento cincuenta años la victoria de la teoría instigadora del ahorro. "Lo que cada año se ahorra se consume regularmente, de la misma manera que lo que se gasta en el mismo periodo, y casi al mismo tiempo también, pero por una clase distinta de gentes" (p. 306). a saber, los trabajadores productivos, cuyos salarios y cuyo nivel de empleo son así puestos explícitamente en correlación con la tasa de ahorro, la cual a su vez se identifica o al menos se iguala con la tasa de incremento del capital, es decir, con la tasa de inversión. En este capítulo, ingreso significa beneficio más renta, exactamente igual que en Marx. El capítulo 4 aborda el problema del interés. Según más arriba se ha dicho, el beneficio se considera como el fenómeno que sirve de fundamento al interés, cosa que aquí se da por supuesta; éste es, pues, simplemente una consecuencia de que el dinero —o mejor, como dice Smith, aquella cantidad de bienes y servicios de los productores que puede comprarse con el mismo— tiene siempre derecho a exigir un premio en razón de las expectativas de ganancia que proporciona. Smith, igual que todos sus sucesores hasta épocas muy recientes, al simplificar el problema no encuentra ninguna dificultad para explicar el interés en que tal; la diferencia entre él y sus sucesores del siglo XIX estriba solamente en que Smith tampoco consideró el beneficio industrial como un verdadero problema, mientras que aquéllos, a medida que el tiempo pasaba, fueron preocupándose por este tema en número cada vez

mayor. Sólo es necesario, pues, mencionar tres puntos. En primer lugar, su poco convincente explicación de la tendencia decreciente de la tasa de interés como resultado de la competencia creciente entre diversos capitales en aumento; en segundo lugar, su vigorosa argumentación, triunfante durante ciento cincuenta años, contra las teorías monetarias del interés que tratan de explicar tal tendencia por el aumento de la masa de metales preciosos; en tercer lugar, su moderada y juiciosa argumentación respecto a las medidas legales necesarias, argumentación que dio origen a un ataque de Bentham totalmente injustificado.

[La "guía del lector" no estaba terminada. Nada hay en ella, por ejemplo, sobre el quinto y último capítulo ("De los diferentes empleos de los capitales") del Libro segundo. El párrafo final estaba en una hoja separada, sin ninguna indicación del lugar que el autor le destinaba.]

Antes de que el siglo terminase, *La riqueza de las naciones* llegó a contar con nueve ediciones inglesas, además de las aparecidas en Irlanda y en los Estados Unidos, y fue traducida (que yo sepa) al danés, al holandés, al francés, al alemán, al italiano y al español (las cursivas indican más de una traducción; la primera traducción rusa apareció en 1802-1806). Esto puede servir para dar una idea de la magnitud de su éxito durante la primera etapa de su carrera. Para una obra de su género y de su condición —que estaba completamente desprovista de los atractivos del *Esprit des lois*—, pienso que tal éxito puede calificarse de espectacular. Sin embargo, nada significa en comparación con el triunfo fundamental de Smith, aunque éste no sea tan fácil de medir como aquél: aproximadamente desde 1790 en adelante, el autor de *La riqueza de las naciones* vino a convertirse en el maestro, no sólo de los principiantes y del gran público, sino también de los profesionales, especialmente de los profesores. La mayor parte de éstos, incluido Ricardo, tomaron a Smith como punto de partida, y en la mayoría de los casos fueron incapaces de hacer ninguna innovación. Durante medio siglo o más, aproximadamente hasta la publicación de los *Principios* de J. S. Mill (1848), Adam Smith sirvió de fuente donde el economista medio tomaba sus conceptos fundamentales. En Inglaterra, los *Principios* de Ricardo (1817) constituyeron un serio rival. Pero fuera de este país, la mayor parte de los economistas no estuvieron en absoluto a la altura de Ricardo, y el pensamiento de Smith continuó siendo dominante. Fue entonces cuando se le otorgó el título de "fundador" —título que ninguno de sus contemporáneos hubiera soñado concederle— y cuando los economistas anteriores pasaron a desempeñar el papel de "precursores", en los cuales era verdaderamente maravilloso descubrir aquellos conceptos que, no obstante, seguían atribuyéndose a Smith.

5. CUASI-SISTEMAS

Para evitar que el lector se forme una impresión totalmente errónea —impresión que, una vez arraigada, quizá fuese imposible modificar en los capítulos sucesivos— debemos completar aquí la exposición hecha en la sección prece-